Constantino

# Cavafis

## Treinta poemas

Edición
de José Ángel Valente

# Constantino Cavafis

# Treinta poemas

Edición
de José Ángel Valente

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Jordi Doce

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2021

© de la presentación y la traducción de todos los textos: Coral Valente, heredera de José Ángel Valente, 2006, 2008, 2021
© del texto de Yorgos Seferis: Anna Londou, 2021
Reservados todos los derechos
© del texto de W. H. Auden: 1961 by W. H. Auden
Publicado según acuerdo con International Editors' Co.
y Curtis Brown, Ltd.
© de esta edición: Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: Maria Garcia
Diseño de colección: Albert Planas
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 10920-2021
ISBN: 978-84-18807-15-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

# Treinta poemas

*en colaboración con Elena Vidal*

He intentado unir el lenguaje hablado y el lenguaje escrito, y para conseguirlo he recurrido a toda mi experiencia y a toda la intuición poética de que soy capaz: temblando, por así decirlo, sobre cada palabra.

CAVAFIS, carta a Pericles Anastasiades.

## Esperando a los bárbaros

¿Qué esperamos agrupados en el foro?

Hoy llegarán los bárbaros.

¿Por qué inactivo está el Senado e inmóviles
los padres de la patria no legislan?

Porque hoy llegan los bárbaros.
¿Qué leyes votarán los senadores?
Cuando vengan los bárbaros ellos darán la ley.

¿Por qué el emperador dejó su lecho al alba
y en la puerta mayor espera ahora
sentado en su alto trono, coronado y solemne?

Porque hoy llegan los bárbaros.
Aguarda
el monarca a su jefe al que hará entrega
de un largo pergamino
lleno de dignidades y de títulos.

¿Por qué nuestros dos cónsules y los pretores visten
sus rojas togas de brocado fino

y lucen brazaletes de amatista,
refulgentes anillos de esmeraldas?
¿Por qué ostentan bastones de oro y plata,
insignias de su mando, maravillosamente cincelados?

Porque hoy llegan los bárbaros
y todas esas cosas deslumbran a los bárbaros.

¿Por qué no acuden como siempre nuestros ilustres oradores
a brindarnos el chorro feliz de su elocuencia?

Porque hoy llegan los bárbaros
que odian la retórica y los largos discursos.

¿Por qué de pronto esa inquietud
y movimiento? Cuánta
gravedad en los rostros. ¿Por qué vacía
la multitud las calles y las plazas y sombría regresa?

Porque la noche cae y no llegan los bárbaros.
Gentes recién venidas de la frontera afirman
que ya no hay bárbaros.

¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?
Esos hombres traían alguna solución después de todo.

## Los caballos de Aquiles

Cuando a Patroclo vieron muerto,
al joven, fuerte, audaz Patroclo,
se entregaron al llanto los caballos de Aquiles
y su inmortal naturaleza alzose
contra la obra oscura de la muerte.
Las hermosas cabezas sacudieron de largas crines
y la tierra dura golpeó su pezuña: así lloraron
a Patroclo ahora exánime, vencido,
cuerpo solo, alma ausente, sin aliento,
indefenso, devuelto de la vida
al seno inmenso de la Nada.

Al ver Zeus llorar a las divinas
bestias dijo con pesadumbre: «El día de la boda de Peleo
irreflexivo fui. Mejor no haberos dado
a míseros humanos sujetos al destino,
si a vosotros la muerte o la vejez no esperan.
Lo efímero os aflige: en su desgracia
os ha mezclado el hombre».
Sin embargo,
ante la dura imagen de la perpetua muerte,
los nobles animales se entregaban al llanto.

# La ciudad

Dices: «Iré a otra tierra, hacia otro mar,
y una ciudad mejor con certeza hallaré.
Pues cada esfuerzo mío es aquí un fracaso
y sepultado está mi corazón.
¿Hasta cuándo este abismo mi alma cercará?
Dondequiera que vuelvo mis ojos veo sólo
las oscuras ruinas de mi vida y los días
que aquí gasté, perdí o destruí».

No hallarás otra tierra ni otro mar.
La ciudad ha de ir siempre en pos de ti. En las mismas
callejas
errarás. En los mismos suburbios llegará tu vejez.
Bajo los mismos techos encanecerás.
Pues la ciudad te espera siempre. Otra no busques.
No hay barco ni camino para ti.
En todo el universo destruiste cuanto has destruido
en esta angosta esquina de la tierra.

## El dios abandona a Antonio

Cuando, de pronto, a media noche oigas
pasar una invisible compañía
con exquisitas músicas y voces,
no lamentes en vano tu fortuna
que cede al fin, tus obras fracasadas,
los ilusorios planes de tu vida.
Como dispuesto de hace tiempo, como valiente, dile
adiós a Alejandría que se aleja.
Y sobre todo no te engañes: en ningún caso pienses
que es un sueño tal vez o que miente tu oído.
A tan vana esperanza no desciendas.
Como dispuesto de hace tiempo, como valiente, como
quien digno ha sido de tal ciudad, acércate
a la ventana. Y ten firmeza. Oye
con emoción, mas nunca
con el lamento y quejas del cobarde,
goza por vez final los sones,
la música exquisita de la tropa divina,
despide a Alejandría que así pierdes.